DOS AMORES CONSTITUYERON DOS GRANDES PASTORES

Pablo Antonio Morillo Rey

Centro de Estudios Teológicos-Sevilla

RESUMEN / ABSTRACT

En el presente artículo, analizamos la influencia que el “gran Doctor del Occidente” ha ejercido sobre el pensamiento doctrinal de Juan Pablo II, un Pontífice que, a través de su magisterio, lleno de santidad y de sabiduría de Dios, ha demostrado al mundo entero cómo las palabras sabias y elocuentes de este “gran hombre y santo” resuenan aún con fuerza dentro del seno de la Iglesia. Es por ello que, basándonos en algunas *Encíclicas* o *Cartas Apostólicas*, corroboramos el “buen olor agustiniano” tanto en la vida como en la obra de este Papa santo cuyo único propósito, al igual que San Agustín, fue el de servir a Dios y a la Iglesia, defendiendo en todo momento la fe católica. Así, como reza el título de este artículo, “dos amores constituyeron dos grandes pastores”: el amor a Dios y el amor al prójimo, las dos “*alas de la caridad*” (en Ps. 149,5), pues “*Ama y haz lo que quieras*” (ep. Jo. 7,8).

In this paper we study the influence exerted by St. Augustine, so called as the major Western Doctor, on John Paul II doctrinal thought, a Pope with a wise and saint magister who has demonstrated that the words of St. Augustine are still sounding strongly within the Church. Based on the Pope's Encyclical and Apostolic letters we found the good Augustinian smell in both the life and work of this saint Pope, whose only purpose was to serve to God and the Church, as a defender of the Catholic faith. Therefore, as the title of this paper says: “two loves built to great shepherds”: the love to God and the love to the others, as to “Charity wings”. Following St. Augustine's thought: “Just love and do whatever you want”.

“Yo mismo he añadido mi voz a la de mis predecesores....pues, el conocimiento exacto y afectuoso de su pensamiento y de su vida provoca la sed de Dios, descubre el encanto de Jesucristo, el amor a la sabiduría y a la verdad, la necesidad de la gracia, de la oración, de la virtud, de la caridad fraterna, el anhelo de la eternidad feliz.”

(Juan Pablo II, *Augustinum Hipponensem*, Introducción)

1. PRESENTACIÓN

Como ya bien indicamos en un anterior artículo¹, San Agustín de Hipona (354-430) resulta ser “el candil perenne que ilumina a la Iglesia”, pues –como bien se advierte– su magisterio ha sido y se ha convertido en un constante “apoyo” para la vida eclesial (documentos conciliares, pontificios, etc.).

De esta forma, también el Papa Juan Pablo II (1920-2005) –a través de un magisterio lleno de santidad y sabiduría– ha querido dejar constancia de su amor y admiración por la doctrina del “*padre común de la Europa cristiana*”², de aquel “*siervo de Cristo y siervo de los siervos de Cristo*”³ que “*amó profundamente y buscó siempre con todas las fibras de su alma la verdad*”⁴, puesto que “*Nos sentimos arrebatados por el amor de indagar la verdad*”⁵.

Así, el magisterio del Obispo de Hipona ha ilustrado varios de sus documentos con los que “ha iluminado y guiado” a la Iglesia, documentos que irían desde *Cartas Apostólicas* hasta *Mensajes*, o incluso desde *Exhortaciones Apostólicas* hasta *Encíclicas*. Algunas de éstas, tanto por la relevancia como el eco que han suscitado en el ámbito eclesial, merecen ser destacadas. Así, tenemos:

¹ Pablo Antonio Morillo Rey. “San Agustín: perenne candil que ilumina a la Iglesia”, en *Isidorianum* 44, Sevilla, 2013, pp. 353-379.

² Juan Pablo II. *Augustinum Hipponensem*, II.

³ *Ep.* 217.

⁴ Juan Pablo II, *Ibid.*, I.

⁵ *Trin.* I, 5,8.

Cartas Apostólicas: Novo Millenio Ineunte (6 Enero de 2001)/ Dies Domini (31 Mayo de 1998)/ Mulieris Dignitatem (15 Agosto de 1988)/ Augustinum Hipponensem

(28 Agosto de 1986) o Patres Ecclesiae (2 Enero de 1980), entre otras.

Mensajes: XXXVIII Jornada Mundial de la Paz 2005.

Exhortaciones Apostólicas: Pastores Gregis (16 Octubre de 2003)/ Ecclesia in Europa (28 Junio de 2003)/ Pastores Dabo Vobis (25 Marzo de 1992)/ Redemptoris Custos

(15 Agosto de 1989) o Christifideles Laici (30 Diciembre de 1988), entre otras.

Encíclicas: Redemptor Hominis (4 Marzo de 1979)/ Dominum et Vivificantem (18 Mayo de 1986)/ Veritatis Splendor (6 Agosto de 1993)/ Evangelium Vitae (25 Marzo de 1995)/ Ut Unum Sint (25 Mayo de 1995)/ Fides et Ratio (14 Septiembre de 1998) o Ecclesia de Eucharistia (17 Abril de 2003), entre otras.

Por tanto, he ahí una “pequeña gran prueba” de cómo la doctrina agustiniana influyó de manera decisiva y determinante en el magisterio del Santo Padre Juan Pablo II, Papa al que –el 2 de Abril de 2005⁶– el mundo otorgó el apelativo de “Magno”. Pero, sería el pasado 27 de Abril del presente año⁷ –junto a Juan XXIII (1881-1963)– cuando dicho apelativo adquirió todo su significado más profundo. Es por todo ello, que en el presente artículo –tan sólo pretende rendir un pequeño homenaje a tan gran Pontífice– deseamos mostrar la estrecha conexión entre tan santos y sabios magisterios: el de un Obispo del siglo IV, “a quien nadie encontrará dificultad de catalogar entre los más grandes Pastores de la Iglesia”⁸, y el de un Papa del siglo XX que –tras un magisterio ejemplar e inigualable– supo hacer suyas las palabras del apóstol San Pablo (5/10-67):

⁶ Sábado de la Octava de Pascua, a las 21:37 horas.

⁷ Domingo de la Divina Misericordia, fiesta instituida por él mismo el 30 de Abril del 2000: “Yo le doy gracias a la Divina Providencia porque he podido contribuir personalmente al cumplimiento de la voluntad de Cristo, a través de la institución de la fiesta de la Divina Misericordia” (Santuario de la Divina Misericordia, Cracovia (Polonia), 7/06/97).

⁸ Juan Pablo II, *Ibid.*, III.

“He luchado la noble lucha, he finalizado la carrera, he mantenido la fe”, apóstol que también ejercerá una notable influencia tanto en la vida como en el pensamiento agustiniano:

“Así, pues, cogí avidísimamente las Escrituras de tu Espíritu, y con preferencia a todos, al apóstol Pablo”.¹⁰

Por tanto, *“busquemos juntos creyendo, para que después disfrutemos viendo”*¹¹, ya que tanto el Doctor de la gracia como el Papa santo enfocan su magisterio hacia nuestra patria definitiva: Jerusalén celestial o Ciudad de Dios¹².

2. “INQUIETUM EST COR NOSTRUM” (CONF. I, 1,1)

Con esta conocida y célebre cita agustiniana –aparece al menos en dos de sus encíclicas¹³– Juan Pablo II desea demostrar el “ansia ontológica” o la aspiración que todo ser humano manifiesta hacia Dios. Así, dicha aspiración o “ansia” es algo inherente a todos, pues con ésta ya fuimos creados. Es por todo ello, que dicho ser humano (todos sin excepción alguna), lleva en sí el indeleble deseo hacia Dios, hacia su Creador:

*“En esta inquietud creadora late y pulsa lo que es más profundamente humano: la búsqueda de la verdad, la insaciable necesidad del bien, el hambre de la libertad, la nostalgia de lo bello, la voz de la conciencia”*¹⁴.

Así, en dicha inquietud se articula a la vez lo sagrado y lo profano, lo divino y lo humano, puesto que resulta ser inherentemente bueno y propiamente humano (profano) al mismo tiempo que propicia un encuentro con la divinidad (sagrado), un encuentro accesible a todos:

⁹ 2 Tim. 4, 7.

¹⁰ Conf. VII, 21,27.

¹¹ s. 261, 3.

¹² En Ps. 136, 1.

¹³ Juan Pablo II. *Redemptor Hominis* IV, 18c y *Evangelium Vitae*, 35b.

¹⁴ Juan Pablo II. *Redemptor Hominis*, IV,18c.

*“esta verdad abarca a todos y pertenece a todos. Está presente a todos y a todos se comunica. Es superior y esta verdad es Dios mismo”*¹⁵.

De esta forma, dicha Verdad, que no es otra sino Dios mismo,¹⁶ no es exclusiva de un determinado grupo o élite, pues de Ella todos participamos e incluso estamos llamados a participar:

“Porque nuestra Verdad no es mía, ni de éste ni de aquél, sino de todos nosotros, a los que públicamente llamas para que participemos de ella, amonestándonos terriblemente de quedarnos sin ella si queremos acapararla cada uno para sí”.¹⁷

Por otro lado, la inquietud –palabra que impresiona y hace reflexionar al Papa Francisco (1936)¹⁸– se revela a través del deseo por alcanzar la verdad, el bien y la libertad, deseos de los que aquélla resulta ser inseparable. Sin embargo, ambos Pastores (Juan Pablo II y Agustín de Hipona) juegan con un concepto equívoco, ya que mientras uno la compara con nuestro anhelo de Dios, el otro la “entremezcla” entre las dos ciudades: la de este mundo y la celestial¹⁹.

De esta forma, el “Padre más grande de la Iglesia latina”²⁰ piensa que la mencionada inquietud también se halla sometida al tiempo, pues ésta no representa más que una serie de realidades históricas primarias que nos definen como seres creados temporales. Así, podríamos distinguir una inquietud propia del pasado (referente a Adán que simboliza la creación y la corrupción del pecado original)²¹; otra inquietud del futuro (referente a Cristo, nuevo Adán)²² y, por último, otra correspondiente al presente (simbolizada, con palabras

¹⁵ *Lib. arb. II, 12,33 ss.*

¹⁶ *Trin. VIII, 2,3.*

¹⁷ *Conf. XII, 25,34.*

¹⁸ Francisco. *Homilía durante la Santa Misa de apertura del capítulo general de la orden de San Agustín, 28 Agosto de 2013.*

¹⁹ *Civ. Dei XI, 1; XVI, 4; XVIII, 41 y XIX, 26.*

²⁰ Benedicto XVI. *Audiencia General, 9 Enero de 2008.*

²¹ “Quisieron arrebatarse la divinidad y perdieron la felicidad” (en Ps. 68; s. 1, 9).

²² “Pues Adán, el primer hombre, era figura del que había de venir; es decir, de Cristo, el Señor. Cristo, el nuevo Adán, en la misma revelación del misterio del Padre y de su amor, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la grandeza de su vocación” (*Fides et Ratio, 60a*).

Paulinas, en la continua lucha “por hacer el bien que queremos hacer”, aunque “hagamos el mal que no queramos”²³:

*“la realidad del mal (está) presente en el mundo, afecta al hombre y lo asedia, se insinúa asimismo en su corazón y puede hacerle “perecer en la gehena” (Mt. 10,28)”*²⁴.

Estas tres inquietudes se encuentran presente en nosotros, al igual que en el Obispo de Hipona (según el Papa Francisco) también se hallan inmersos otros tres tipos: “la inquietud de la búsqueda espiritual, la del encuentro con Dios y la del amor”²⁵.

Con todo ello, tanto uno como otro convergen en el interés por el estudio del ser humano, algo que –sin duda– también es propio de la fenomenología. De esta forma, no podemos olvidar que el Santo Padre Juan Pablo II realizó su tesis doctoral en filosofía²⁶ (defendida en el año 1952) sobre el fenomenólogo alemán Max Scheler (1874-1928), el cual ha influido de manera decisiva a la hora de elaborar toda su filosofía como, posteriormente, en su forma de escribir.

En definitiva, el Papa santo no puede concebir al hombre si no es en una estrecha relación con Dios²⁷, pues es ésta la que puede distinguirlo de cualquier otro ser viviente sobre la faz de la tierra. Del mismo modo, dicha relación hombre-Dios resulta ser fundamental tanto para la plena realización de aquél (hombre) como para poder vivir una relación correcta y adecuada con todas las demás criaturas, ya sean racionales o no.

Así, el hombre resulta ser “una tensión hacia Dios”²⁸, un ser “religioso porexcelencia”, ya que no puede prescindir de Dios si desea realizarse como tal hombre. Su corazón es capaz de abrirse hacia Él, pues es (como bien recordará San Agustín) el único ser en la tierra que está destinado a participar de la sabiduría divina:

²³ Rm. 7, 19.

²⁴ Juan Pablo II. *Dives in Misericordia*, 7f.

²⁵ Francisco. *Homilía durante la Santa Misa de apertura del capítulo general de la orden de San Agustín*, 28 Agosto de 2013.

²⁶ Karol Wojtyła. *Max Scheler y la ética cristiana*. Madrid, BAC, 1982.

²⁷ Juan Pablo II. *Augustinum Hipponensem*, II, 2.

²⁸ Juan Pablo II. *Ibid.*, II, 2.

“Por esta razón se dice precisamente que ha sido creado a imagen y semejanza de Dios, porque de lo contrario no podía contemplar con su inteligencia la Verdad inmutable”²⁹.

Por ello, *“es imagen de Dios en el sentido de que es capaz de Dios y pueda ser partícipe de Él”³⁰*, o sea, *“capaz de participar de su misma naturaleza”³¹*, *“recordar, conocer y amar a Dios”³²*.

Por lo tanto, la sabiduría o la felicidad humana (pues para él ambos términos constituyen “sinónimos”) será tanto mayor cuanto más recuerde, conozca y ame a Dios.

Así, aunque el pecado “pisotee”, ensombrezca, desfigure o deforme la imagen de Dios en el hombre, sin embargo, nunca podrá ser borrada totalmente. De esta forma, sólo en Él podrá hallar su descanso (*“Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados”³³*) y la vida bienaventurada, pues:

“La naturaleza humana fue creada en grandeza tan excelsa, que, dado que es mudable, sólo adhiriéndose al bien inmutable, que es el sumo Dios, puede conseguir la felicidad, y no puede colmar su indigencia sin ser feliz, pero para colmarla no basta nada que no sea Dios”³⁴, ya que *“a dondequiera que se vuelva el alma del hombre y se apoye fuera de ti, hallará siempre dolor, aunque se apoye en las hermosuras que están fuera de ti y fuera de ellas”³⁵*.

Nace así, como bien subraya el Papa, la idea del hombre como *“un ser indigente de Dios”³⁶* (*indigens Deo*), *“mendigo de Dios”³⁷*, en el único y exclusivo sentido que necesita de Él, aspecto éste que puede ser entendido en nuestra actual sociedad como algo “marginal, alienante o superfluo”.

²⁹ *vera rel.* 44, 82.

³⁰ *Trin.* XIV, 8, 11.

³¹ *Trin.* XIV, 4, 6.

³² *Trin.* XIV, 12, 15.

³³ *Mt.* 11, 28.

³⁴ *Cciv. Dei XII*, 1, 3.

³⁵ *Conf.* IV, 10, 15; IV, 11, 16.

³⁶ Juan Pablo II. *Augustinum Hipponensem*, II, 2.

³⁷ *S.* 168, 5.

El hombre no puede ni debe vivir sin amar³⁸, puesto que ha nacido para ello, ya que *“Nuestra vida es amor”*³⁹. Pero, ningún otro amor podrá satisfacer el deseo profundo de su corazón humano fuera del de Dios:

*“Todo en el mundo nos invita a amar a Dios”*⁴⁰, pues *“nos has hecho para ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti”*⁴¹.

3. LA “META-ANTROPOLOGÍA” DE JUAN PABLO II: AGUSTINIANA

En primer lugar, con el término “meta-antropología” (empleado por el Santo Pontífice en su mensaje a la Tercera Asamblea Plenaria de la Pontificia Academia de Santo Tomás de Aquino)⁴², Juan Pablo II desea designar aquella especie de “reconciliación entre las distintas diversidades que –en nuestra cultura contemporánea– aparecen entorno a la naturaleza del ser humano”:

“Un problema antropológico, tan central para la cultura de hoy, no encuentra solución sino es a la luz de aquello que podemos definir como “meta-antropología”. Se trata de la comprensión del ser humano como ser consciente y libre, “homo viator”, que cambia y es el mismo al mismo tiempo. En él se concilia la diversidad: lo uno y los muchos, cuerpo y alma, masculino y femenino, persona y familia, individuo y sociedad, naturaleza e historia”.

Todo ello no puede derivarse más que de una “inmensa preocupación por el hombre”, cuya importancia él mismo señaló en una de sus *Encíclicas* como el camino que la Iglesia deberá seguir, si desea cumplir su vocación en la tierra:

*“Este hombre es el camino primero que la Iglesia debe recorrer en cumplimiento de su misión: él es el primero y el fundamental camino para la Iglesia, el camino trazado por Cristo mismo, el camino que lleva invariablemente a través del misterio de la Encarnación y la Redención”*⁴³.

³⁸ Juan Pablo II. *Redemptoris Missio*, 89c.

³⁹ *En Ps.* 54, 7.

⁴⁰ *Conf. X*, 6,8.

⁴¹ *Conf. I*, 1,1.

⁴² 21 Junio de 2002.

⁴³ Juan Pablo II. *Redemptor Hominis*, III, 14a.

Así, ya el Concilio Vaticano II (1962-1965) bien recordó que “la Iglesia por razón de su ministerio y de su competencia, de ninguna manera se confunde con la comunidad política y no está vinculada a ningún sistema político, es al mismo tiempo el signo y la salvaguardia del carácter trascendente de la persona humana”⁴⁴, pues “el hombre es en la tierra la única creatura que Dios ha querido para sí mismo”⁴⁵.

De esta forma, la Iglesia no puede abandonar nunca al hombre⁴⁶, sino –muy al contrario– ayudarlo para que su vida sea cada vez más humana⁴⁷, más digna, pues en él Cristo mismo se ha unido, aunque a veces no sea consciente de ello.⁴⁸

El “*grande abismo*”⁴⁹, la “*grande maravilla*”⁵⁰, debe constituir el eje sobre el que ha de girar todo pensamiento, pues él es la “*imago Dei*”⁵¹. Por todo ello, tanto filósofos como teólogos, y todo pensador sin excepción, tendrán que fijar “su atención en el hombre, que Cristo salvó en el misterio de su amor, y en su permanente búsqueda de verdad y de sentido”⁵².

Es gracias a la filosofía que el hombre puede llegar a comprenderse a sí mismo⁵³ y, sobre todo, a progresar en el conocimiento de la verdad⁵⁴. Por ello, resulta ser Agustín de Hipona el sabio santo y el gran Doctor del Occidente, el mejor ejemplo en quien filosofía y Palabra de Dios se integran perfectamente: “*Crede ut intelligas et intellige ut credas*”⁵⁵, pues:

⁴⁴ Concilio Vaticano II. *Gaudium et Spes*, 76.

⁴⁵ Concilio Vaticano II. *Ibid.*, 24.

⁴⁶ Juan Pablo II. *Ibid.*, 14a.

⁴⁷ Concilio Vaticano II. *Ibid.*, 38; Pablo VI. *Populorum progressio*, 21.

⁴⁸ Juan Pablo II. *Ibid.*, 14c.

⁴⁹ *Conf. IV*, 14, 22.

⁵⁰ S. 126, 4.

⁵¹ Juan Pablo II. *Fides et Ratio*, 80a.

⁵² Juan Pablo II. *Ibid.*, 107.

⁵³ Juan Pablo II. *Centesimus Annus*, 54a.

⁵⁴ Juan Pablo II. *Fides et Ratio*, 3a.

⁵⁵ S. 43, 9.

“El Obispo de Hipona consiguió hacer la primera gran síntesis del pensamiento filosófico y teológico en la que confluían las corrientes del pensamiento griego y latino. En él además la gran unidad del saber, que encontraba su fundamento en el pensamiento bíblico, fue confirmada y sostenida por la profundidad del pensamiento especulativo. La síntesis llevada a cabo por San Agustín sería durante siglos la forma más elaborada de especulación filosófica y teológica que el Occidente haya conocido. Gracias a su historia personal y ayudado por una admirable santidad de vida, fue capaz de introducir en sus obras multitud de datos que, haciendo referencia a la experiencia, anunciaban futuros desarrollos de algunas corrientes filosóficas”⁵⁶.

Por otro lado, apunta el Papa santo, también esta conexión o estrecha unión entre el saber filosófico y el teológico en “uno de los exponentes más importantes del cristianismo”⁵⁷, sea debido a su concepción de filosofía como amor *Dei*⁵⁸, pues “Dios, como fuente de amor, desea darse a conocer”⁵⁹.

Por tanto, “la armonía entre fe y razón significa sobre todo que Dios no está lejos de nuestra razón, de nuestra vida; está cerca de todo ser humano, cerca de nuestro corazón y de nuestra razón”⁶⁰, puesto que no deben “separarse ni contraponerse, sino que deben estar siempre unidas”⁶¹: son “las fuerzas que nos llevan a conocer”⁶².

Pero, según el Santo Pontífice, dicha filosofía forma parte integrante de la denominada –por Pablo VI (1897-1978)– “evangelización de la cultura”⁶³.

Por su parte, Juan Pablo II plantea la acuciante necesidad de una “nueva evangelización” (“anuncio del Evangelio siempre nuevo y siempre portador de novedad”⁶⁴) en la que el saber filosófico desempeñe un papel crucial, pues “el pensamiento filosófico es a

⁵⁶ Juan Pablo II. *Fides et Ratio*, 40.

⁵⁷ Benedicto XVI. *Audiencia General*, 9 Enero de 2008.

⁵⁸ Juan Pablo II. *Fides et Ratio*, 105.

⁵⁹ Juan Pablo II. *Ibid.*, 7.

⁶⁰ Benedicto XVI. *Audiencia General*, 30 Enero de 2008.

⁶¹ Benedicto XVI. *Ibid.*

⁶² *C. Acad. III*, 20,43.

⁶³ Pablo VI. *Evangelii nuntiandi*, 20.

⁶⁴ Juan Pablo II. *Veritatis Splendor*, 106b.

*menudo el único ámbito de entendimiento y de diálogo con quienes no comparten nuestra fe*⁶⁵.

Es por esto que hace una firme llamada a todos los filósofos para que investiguen *“de manera más comprensiva las dimensiones de lo verdadero, lo bueno y lo bello, a lo que nos da acceso la Palabra de Dios*⁶⁶.

Así, en esta “nueva evangelización” –basada en nuevos métodos y nuevas expresiones– el binomio filosofía-teología deberá ocupar un lugar central, pues (como bien decía San Agustín) *“Creer no es otra cosa que pensar con asentimiento (...). Si la fe no es pensada, no es nada*⁶⁷.

Pero, un reto importante y definitivo que le se plantea a la mencionada “nueva evangelización”, será el “asfixiante” problema del ateísmo, el deseo de edificar una *“nueva humanidad*⁶⁸ sin la presencia y vivencia de Dios:

*“El momento que estamos viviendo –al menos en no pocas sociedades–, es más bien el de un formidable desafío a la nueva evangelización*⁶⁹.

4. EL ATEÍSMO: UN GRAN PROBLEMA PARA DOS GRANDES SANTOS

Tanto Juan Pablo II como Agustín de Hipona, sienten una gran preocupación por el tema del ateísmo, problema que –sin lugar a dudas– acarreará otros “más graves” como (por ejemplo) *“la decadencia u oscurecimiento del sentido moral*⁷⁰, entre otros.

Por todo ello, y siguiendo en todo momento las directrices marcadas por el Concilio Vaticano II (*“El misterio del hombre*

⁶⁵ Juan Pablo II. *Fides et Ratio*, 104.

⁶⁶ Juan Pablo II. *Ibid.*, 103.

⁶⁷ *Praed. sanct.* 2,5.

⁶⁸ Juan XXIII. *Mater et Magistra*, IV.

⁶⁹ Juan Pablo II. *Veritatis Splendor*, 106b.

⁷⁰ Juan Pablo II. *Ibid.*, 106b.

encuentra su solución sólo a la luz del misterio de Cristo”⁷¹, afirma lo siguiente:

“Siguiendo este hilo de pensamiento en la encíclica “Redemptor Hominis”, quise repetir que la persona humana es el camino primario y primordial por el que la Iglesia debe caminar. Ya que afrontan la tragedia del humanismo ateo, los creyentes tienen la misión de proclamar y dar testimonio del verdadero humanismo que se manifiesta en Cristo. Sólo en Cristo la persona puede ser perfectamente plena”⁷².

Sin embargo, será el pecado (“el hecho, o dicho, o deseo de algo contra la ley eterna”⁷³), el “sambenito”⁷⁴ que el hombre arrastre siempre debido a su condición mortal. Este será el principal causante, a lo largo de la historia, del constante rechazo hacia Dios, constante que (como bien apunta el mismo Juan Pablo II) culminará en el odio⁷⁵, en esa fuerza negativa “que ha tomado la delantera a la justicia”⁷⁶. Por ello, dirá lo siguiente:

“Lamentablemente, el magnífico proyecto de Dios se oscurece por la irrupción del pecado en la historia. Con el pecado el hombre se revela contra el Creador acabando por idolatrar a las criaturas: “Cambiaron la verdad de Dios por la mentira, y adoraron y sirvieron a la criatura en vez del Creador” (Rm. 1,25). De este modo, el ser humano no sólo desfigura en sí mismo la imagen de Dios, sino que está tentado de ofenderla también en los demás, sustituyendo las relaciones de comunión por actitudes de desconfianza, indiferencia, enemistad, llegando al odio homicida. Cuando no se reconoce a Dios como Dios, se traiciona el sentido profundo del hombre y se perjudica la comunión entre los hombres”⁷⁷.

De igual manera lo expresará San Agustín en su obra “grande y ardua”⁷⁸ al recordarnos el origen de las dos ciudades, puesto que el odio no será más que “el amor de sí mismo” (*cupiditas*) hasta el

⁷¹ Concilio Vaticano II. *Gaudium et Spes*, 22.

⁷² Mensaje de S.S Juan Pablo II para los participantes de la IIIª sesión plenaria de la Pontificia Academia de Santo Tomás de Aquino, 21 Junio de 2002.

⁷³ *C. Faust.* 22,27.

⁷⁴ *Conf. I*, 1,1.

⁷⁵ Juan Pablo II. *Dominum et Vivificantem*, 38b.

⁷⁶ Juan Pablo II. *Dives in Misericordia*, 12c.

⁷⁷ Juan Pablo II. *Evangelium Vitae*, 36a.

⁷⁸ *Civ. Dei I*, 1

desprecio de Dios⁷⁹. Así, aquél, fruto del pecado y propio de la ciudad terrena (Babilonia), aparecerá como la “antinomía”, lo opuesto a la caridad (*caritas*) (propia de la Jerusalén celeste o Ciudad de Dios).

Pero, son con frecuencia las ideologías ateas (como por ejemplo, el grito nietzscheano “*Dios ha muerto*”⁸⁰), quienes –en cierta medida– alimentan e incluso fomentan dicho odio, pues infunden en el hombre la errónea idea (“*La lluvia y la niebla son el error de este siglo; es el vapor espeso que se levanta de las concupiscencias humanas, la intensa oscuridad que cubre la tierra*”)⁸¹ de una cierta alienación o expropiación de su humanidad al aceptar la idea de Dios.

Ante esto, el Concilio Vaticano II ofrecerá una respuesta clara y contundente, ya que la muerte de Dios conlleva inmediatamente la del hombre:

*“La criatura sin el Creador se diluye. Por lo demás, todos los creyentes de cualquier religión escucharon siempre la voz y la manifestación de Dios en el lenguaje de las criaturas. Además, por el olvido de Dios la criatura misma queda oscurecida”*⁸².

De esta forma, surge la idea de lo que –tanto Benedicto XVI (1927)⁸³ como Martín Buber (1878-1965)⁸⁴ lo han empleado– se ha denominado “eclipse de Dios”, “eclipse” que conlleva al ser humano a perder “*no solo el misterio de Dios, sino también el del mundo y el de su propio ser*”⁸⁵.

Y es en la conciencia moral, en lo más íntimo del hombre, el lugar donde acontezca dicho “eclipse”. Pero, y como bien decía Aristóteles (384-322 a.C), el hombre es un ser social por naturaleza⁸⁶, pues

⁷⁹ *Civ. Dei* XIV, 28.

⁸⁰ Friedrich Nietzsche. *Así habló Zaratustra*. Madrid, Valdemar, 2006, IV Parte (*El hombre superior*).

⁸¹ S. 46, 23.

⁸² Concilio Vaticano II. *Gaudium et Spes*, 36.

⁸³ Benedicto XVI. *Ángelus*, 13 Marzo de 2011.

⁸⁴ Martín Buber. *Eclipse de Dios. Estudios sobre las relaciones entre religión y filosofía*. Salamanca, Sígueme, 2003.

⁸⁵ Juan Pablo II. *Evangelium Vitae*, 22d.

⁸⁶ Aristóteles. *Política*. Madrid, Alianza, 2005, lib. I, c.II.

convive dentro de una sociedad. Por ende, no sólo es el individuo exclusivamente el “culpable” de este rechazo hacia Dios, sino también la sociedad –en concreto su moralidad–.

Así, es en ella donde emergen ciertos comportamientos contrarios a la vida, fomentando la denominada “cultura de la muerte” (trataremos este aspecto en el siguiente apartado) y convirtiendo el mal en bien. Todo ello, no puede más que desembocar en una cierta “degradación social”, sociedad en medio de la cual el cristiano deberá ser la “*luz del mundo y la sal de la tierra*”⁸⁷, pues como bien indica el Concilio:

*“...cada uno según sus cualidades y conocimientos, asuma, en conformidad con el pensamiento de la Iglesia, una función más activa en la tarea de profundizar en los principios cristianos, en la de defenderlos y en la de aplicarlos a los problemas actuales”*⁸⁸.

Por tanto, los cristianos se asemejarían en nuestro mundo actual al lugar que ocupa “*el alma en el cuerpo*”⁸⁹, puesto que habrán de revitalizar y animar a ésta –empleando el lenguaje cartesiano– *res extensa*⁹⁰.

Así, San Agustín comentará con gran entusiasmo:

*“Porque mi cuerpo vive de mi alma, y mi alma vive de Vos”*⁹¹.

Sin embargo, a veces esta alma agobiada por el cuerpo cree que rehuyendo y esquivando a Dios, negándolo, adquirirá verdaderamente su libertad.

No obstante, esta tesis –defendida y aplaudida por las diversas posturas ateas humanistas– conduce al hombre a un gran error, pues como ya bien apuntó San Agustín:

⁸⁷ Mt. 13-14.

⁸⁸ Concilio Vaticano II. *Apostolicam Actuositatem*, 6.

⁸⁹ Concilio Vaticano II. *Lumen Gentium*, 38.

⁹⁰ René Descartes. *Meditaciones Metafísicas*. Madrid, Alianza, 2005, II.

⁹¹ *Conf. X*, 20,29.

“rehusando servir a Cristo no consigues ser libre, sino servir”⁹².

Es por todo ello que el alma debe responder a Cristo, su Señor:

“¡Oh, Señor! No podré salvarme sino en ti; si tú no eres mi reposo, no podré curar mi enfermedad”⁹³.

De esta forma, el Papa santo concluye afirmando que *“después de dos mil años, Cristo aparece a nosotros como Aquel que trae al hombre la libertad basada sobre la verdad, como Aquel que libera al hombre de lo que limita, disminuye y casi destruye esta libertad en sus mismas raíces, en el alma del hombre, en su corazón, en su conciencia”⁹⁴*, pues *“en la fe, la libertad no sólo está presente, sino que es necesaria. Más aún, la fe es la que permite a cada uno expresar mejor la propia libertad. Dicho con otras palabras, la libertad no se realiza en las opciones contra Dios”⁹⁵.*

Pero, dicha libertad (como ya se apuntó anteriormente) se puede ver “amenazada” por –lo que se ha venido en denominar– “la cultura de la muerte”. Así, en nuestras modernas sociedades surge siempre el *“enorme y dramático choque entre el bien y el mal, la muerte y la vida, la “cultura de la muerte” y la “cultura de la vida”⁹⁶.*

Es este un “conflicto” en el que nos vemos inmersos, en el que tenemos y debemos tomar parte inclinando siempre la “balanza” a favor de esta última, la “cultura de la vida”, pues como Moisés bien señaló al pueblo hebreo:

“Mira, yo pongo hoy ante ti vida y felicidad, muerte y desgracia...; te pongo delante vida o muerte, bendición o maldición. Escoge la vida para que vivas tú y tu descendencia”⁹⁷.

⁹² En Ps. 18, 2,15.

⁹³ En Ps. 70, 1,5.

⁹⁴ Juan Pablo II. *Redemptor Hominis*, 12c.

⁹⁵ Juan Pablo II. *Fides et Ratio*, 13b.

⁹⁶ Juan Pablo II. *Evangelium Vitae*, 28a.

⁹⁷ Dt. 30, 15,19.

5. DOS CULTURAS, DOS CIUDADES

Será en la encíclica *Evangelium Vitae* (25 Marzo de 1995) donde –fundamentalmente– Juan Pablo II nos va a hablar sobre lo que él mismo denominó como “cultura de la vida” y “cultura de la muerte”.

Sin embargo, en este nuevo aspecto también podemos hallar un original nexo de unión entre estos dos grandes santos “*iluminados por la auténtica luz que aclara la verdad divina, porque se aproximaban a esta verdad con veneración y amor*”⁹⁸.

Así, mientras aquélla (“cultura de la vida”) se correspondería con la “Ciudad de Dios o Jerusalén celeste”, ésta (“cultura de la muerte”) lo haría –por el contrario– con la “Ciudad terrenal o Babilonia bíblica”. De esta forma, ambos conceptos quedan vinculados, pues:

“La aspiración que nutre a la humanidad, en medio de incontables injusticias y sufrimientos, es la esperanza de una nueva civilización, caracterizada por la libertad y la paz. Pero para tal empresa, se necesita una nueva generación de constructores. Motivados no por el miedo o la violencia, sino por la urgencia del genuino amor, deben aprender a construir, ladrillo a ladrillo, la ciudad de Dios dentro de la ciudad del hombre (...) ¡Vosotros debéis ser esos constructores! (...) Dios os confía la tarea, a la vez difícil y alentadora, de trabajar con él en la construcción de la civilización del amor”⁹⁹.

Todo ello, una vez más, nos demuestra el influjo que este Santo Obispo hiponense ejerció en el amplio desarrollo del pensamiento del Santo Pontífice. De esta forma, ambos pensaban y afirmaban que una ciudad debía ser construida dentro de la otra: la Ciudad de Dios dentro de la del hombre (“Babilonia”), pues –podríamos afirmar que– ambas resultan ser del todo inseparables.

No obstante, el que una se realice dentro de la otra, no implica la “conversión” de aquélla en ésta, sino –muy al contrario– una

⁹⁸ Juan Pablo II. *Redemptor Hominis*, 19b.

⁹⁹ Juan Pablo II. *Mensaje en la Vigilia de la JMJ 2002, Downsview Lands, Toronto, 27 Julio de 2002*.

“posibilidad”, “posibilidad” a la que Juan Pablo II otorgó el nombre de “civilización del amor” (como ya advertimos anteriormente).

Con este término –acuñado ya con anterioridad por Pablo VI¹⁰⁰– se designa al *“nuevo orden basado en tu santa ley y en el auxilio de tu gracia, que al final de los tiempos vivificará todo y a todos en la Jerusalén Celestial”*¹⁰¹.

Es por todo ello que esta “nueva civilización” (“civilización del amor”), constituye la máxima aspiración y esperanza de toda sociedad, sociedad que –como recordaba el Concilio Vaticano II– desea ser *“más humana”*¹⁰². Así, sin ésta última, ni la sociedad en sí ni tampoco las personas tendrán sentido alguno.

Pero, es en dicha “civilización del amor” que la Iglesia desempeña un papel crucial, pues *“debe ofrecer a este mundo nuestro nuevos signos de esperanza”, incrementando “la justicia y la solidaridad y afianzando una nueva cultura de la vida humana, para la edificación de una auténtica civilización de la verdad y del amor”*¹⁰³.

No obstante, el Papa Magno se lamenta de los innumerables medios con los que pueden contar aquellos que defienden la llamada “cultura de la muerte” y los, a veces, escasos que poseen los promotores de la “cultura de la vida y el amor”¹⁰⁴. Sin embargo, éstos saben y conocen demasiado bien que pueden confiar en Dios, su Señor, para el cual nada resulta ser imposible¹⁰⁵.

De esta forma, en un mundo marcado con “tantos signos de muerte”, todos los miembros de la Iglesia están llamados a “amar y respetar la vida”, a ser “fermento en la masa” y la “luz que brilla en medio de las tinieblas”. Por todo ello, frente a esta “cultura insolidaria”, nuestra Madre la Iglesia defiende claramente la opción a favor de la vida, una opción que –no obstante– debe nutrirse y

¹⁰⁰ Pablo VI. *Homilía en el Domingo de Pentecostés, 17 Mayo de 1970.*

¹⁰¹ Juan Pablo II. *Slavorum Apostoli*, 32.

¹⁰² Concilio Vaticano II. *Gaudium et Spes*, 40.

¹⁰³ Juan Pablo II. *Evangelium Vitae*, 6c.

¹⁰⁴ Juan Pablo II. *Ibid.*, 100a.

¹⁰⁵ *Mt.* 19, 26.

reforzarse a través de la fe en Cristo, la “fuente de agua viva” y el “alimento que perdura”, puesto que al mundo vino para que los hombres “*tengan vida y la tengan en abundancia*”¹⁰⁶.

Por tanto, todos sin excepción (intelectuales, etc.) deben estar implicados en esta defensa por el valor de la vida, valor sobre el que –a veces– se ha de educar incluso en las mismas “*comunidades cristianas*”¹⁰⁷.

No obstante, esta “lucha entre ambas culturas” supone una perenne constante en nuestro mundo y en nuestra vida diaria, constante que se halla en íntima conexión con la conciencia moral en la que –muchas veces– se confunden el bien y el mal, pareciendo a simple vista que éste supera a aquél. Es por ello que se hace urgente una nueva labor evangelizadora propia de la Iglesia, una labor en la que –a través de la predicación y difusión del Evangelio– se pueda “*transformar desde dentro, renovar la misma humanidad*”¹⁰⁸.

Así, Juan Pablo II aboga por una “seria y adecuada formación de la conciencia moral”¹⁰⁹ para solventar dicho conflicto o lucha entre ambos tipos de cultura, una conciencia que sepa y sea capaz de descubrir la inexorable unión entre la vida y la libertad, pues sólo “*la verdad os hará libres*”¹¹⁰.

6. AUGUSTINUM HIPPONENSEM: EL ESPLENDOR DE UN PASTOR

Con motivo del XVI centenario de la conversión del autor de *Confesiones* (y de su bautismo)¹¹¹, el Papa Juan Pablo II redactó la *Carta Apostólica Augustinum Hipponensem* (28 Agosto de 1986). En la mencionada *Carta*, estructurada en cuatro grandes bloques (más una Conclusión), el Papa santo nos hace una breve y escueta presentación de la figura del Santo Obispo de Hipona.

¹⁰⁶ *Jn. 10, 10.*

¹⁰⁷ Juan Pablo II. *Ibid.*, 95c.

¹⁰⁸ Pablo VI. *Evangelii Nuntiandi*, 18.

¹⁰⁹ Juan Pablo II. *Ibid.*, 96a.

¹¹⁰ *Jn. 8, 31-42.*

¹¹¹ En el transcurso de la Vigilia Pascual del 23/24 Abril del año 387.

Debido a la influencia que San Agustín ejerce tanto en la vida como en el “pensamiento” de la Iglesia de todos los tiempos, se hace aún más necesario un nuevo documento –emanado esta vez desde la cátedra petrina– que presente a los hombres de hoy el mensaje de aquel que es considerado como “*un espíritu grande*” que “*pocas veces una civilización ha encontrado*”¹¹².

Así, ésta viene a sumarse a otras anteriores como: *Apostolici Verba* (Mayo 431), de Celestino I (¿?-432); *Aeterni Patris* (4 Agosto de 1879), de León XIII (1810-1903) o *Ad Salutem Humani Generis* (22 Abril de 1930), de Pío XI (1857-1939), entre otras.

No obstante, Juan Pablo II aporta una novedad con respecto a todas las anteriores, ya que explícitamente manifiesta:

*“el vivo deseo de que se estudie y sea ampliamente conocida su doctrina y de que se imite su celo pastoral, para que el magisterio de tan gran Doctor y Pastor continúen en la Iglesia y en el mundo en beneficio de la cultura y de la fe”*¹¹³.

Por otro lado, también se ha de recordar que el Maestro de Hipona es, ante todo, “*un modelo espléndido de Pastor*”¹¹⁴. Por todo ello, se hace muy necesario el poder “recorrer de comienzo a fin” toda la vida de tan gran santo.

En primer lugar, sus ansias por descubrir la verdad, pues la “*amó profundamente y buscó siempre con todas las fibras de su alma*”¹¹⁵, lo condicionó en su conversión. Ésta bien nos sirve de claro espejo en donde reflejar el estado de muchos hombres de hoy, desorientados frente a la vida, una vida en la que –equivocadamente piensan– han de optar entre razón y fe, entre racionalismo o fideísmo. Sin embargo, hemos de comprender que tanto la una como la otra colaboran y ayudan a encontrar la ansiada verdad,¹¹⁶ pues ambas contribuyen al “*santo propósito*” de servir al Señor.¹¹⁷

¹¹² Benedicto XVI. *Audiencia General*, 9 Enero de 2008.

¹¹³ Juan Pablo II. *Augustinum Hipponensem*, V.

¹¹⁴ Juan Pablo II. *Ibid.*, Introducción.

¹¹⁵ Juan Pablo II. *Ibid.*, I.

¹¹⁶ *C. Acad.* 3, 20,43.

¹¹⁷ *Conf. IX*, 6, 14.

Dicha relación fe-razón supone un problema de acuciada actualidad, casi “eterno” en su planteamiento. Su resolución resulta ser de vital importancia, ya que de ésta dependerá toda la orientación que el hombre otorgue a su pensamiento, pensamiento (bajo el prisma agustiniano) que no deberá “sentirse” coaccionado o amenazado por ninguna de las dos, ya que el Maestro hiponense exclamó con bastante claridad:

*“Crede ut intelligas et intellige ut credas”*¹¹⁸.

De esta forma, *“Nadie, pues, cree si antes no ha pensado que tiene obligación de creer”*, ya que *“la fe que no sea pensada no es fe”*.¹¹⁹

Pero, además de un inigualable pensador, San Agustín fue (como ya apuntamos con anterioridad) uno de los *“más grandes Pastores de la Iglesia”*,¹²⁰ como bien demuestran sus innumerables tareas pastorales a favor de ésta, no sólo a nivel local sino también universal: predicaciones, catequesis, formación del clero, numerosos escritos, combate férreo contra las herejías (*malleus haereticorum*), etc.

Así, este campo pastoral constituye uno de los mayores ejemplos que él puede comunicar a los hombres de hoy en día: tiene mucho que decir *“tanto con su ejemplo como con sus enseñanzas”*.¹²¹

Por todo ello, el autor de la *Ciudad de Dios*, constituye una clara y nítida “señal de esperanza para la humanidad de todos los tiempos”, pues con su vida constante nos demostró que es posible alcanzar la Verdad, así como vivir con ella:

*“¡Oh Verdad, Verdad como suspiraba ya entonces por ti desde las fibras más íntimas de mi corazón!”*¹²², ya que *“¿Qué desea el hombre con mayor vigor que la verdad?”*¹²³

¹¹⁸ S. 43, 9.

¹¹⁹ *Praed. sanct.* 2, 5.

¹²⁰ Juan Pablo II. *Ibid.*, III.

¹²¹ Juan Pablo II. *Ibid.*, IV.

¹²² *Conf. III*, 6, 10.

¹²³ *Jo.ev.tr.* 26, 5.

Y es justamente esta búsqueda de la verdad –la falta o ausencia de Dios– a la que él puede reconducir al hombre de nuestros días, puesto que “*a mí me parece que hay que conducir de nuevo a los hombres...a la esperanza de encontrar la verdad*”.¹²⁴

Por otro lado, un gran aporte agustiniano para el hombre contemporáneo sería –según Juan Pablo II– el esfuerzo de superar tanto el escepticismo, materialismo o racionalismo.¹²⁵

En definitiva, tanto su pensamiento como su vida hacen de él para el hombre actual “*un hombre incomparable, de quien todos en la Iglesia y en Occidente nos sentimos de alguna manera discípulos e hijos*”,¹²⁶ discípulos a los que demuestra que la ciencia filosófica es también un camino o vía útil para llegar hasta Dios, la Verdad absoluta.

7. LA FILOSOFÍA: UN APORTE PARA LA “NUEVA EVANGELIZACIÓN”

Ya Juan Pablo II, en la encíclica *Fides et Ratio* (14 Septiembre de 1998), nos advierte que el saber filosófico desempeña un papel fundamental dentro de la “nueva evangelización”, la cual apremia en nuestros tiempos. Así, su aportación será “*fundamental y original en el camino de la nueva evangelización*.”¹²⁷

De esta forma, será esta disciplina filosófica (junto a otras ciencias humanas) la que ofrezca al hombre la ayuda necesaria para comprenderse a sí mismo, así como a saber cuál deberá ser el lugar que haya de ocupar dentro de una sociedad. Aunque, sin embargo, será la fe, y no la filosofía, la que le rebele su verdadera identidad, por lo que se abogará a favor de una unión entre ambas. Es de esta forma que surgirá la denominada “filosofía cristiana”:

“*Con este apelativo se quiere indicar más bien un modo de filosofar cristiano, una especulación filosófica concebida en unión vital con la fe...*”

¹²⁴ *Ep. 1, 1.*

¹²⁵ Juan Pablo II. *Ibid.*, IV.

¹²⁶ Juan Pablo II. *Ibid.*, V.

¹²⁷ Juan Pablo II. *Fides et Ratio*, 103.

*Hablando de filosofía cristiana se pretende abarcar todos los progresos importantes del pensamiento filosófico que no se hubieran realizado sin la aportación, directa o indirecta, de la fe cristiana*¹²⁸.

Por otra parte, tampoco hemos de olvidar las indicaciones que el Concilio Vaticano II ya hiciese sobre dicho asunto, indicaciones que –en gran medida– fueron recogidas y asumidas por el Papa santo:

*“Deseo reafirmar decididamente que el estudio de la filosofía tiene un carácter fundamental e imprescindible en la estructura de los estudios teológicos y en la formación de los candidatos al sacerdocio*¹²⁹.

Por tanto, aquélla (el saber teológico) no debe olvidar cómo muchos de sus términos proceden de un léxico filosófico, así como reconocer el servicio que presta a la hora de deber indagar acerca de la verdad revelada, por lo que:

*“Con sorpresa y pena debo constatar que no pocos teólogos comparten ese desinterés por el estudio de la filosofía*¹³⁰.

Por todo ello, por todas las razones argumentadas, la “nueva evangelización” necesita el auxilio de la filosofía para saber y poder –fundamentalmente– entablar el diálogo con el hombre actual, incluso con aquellos no creyentes o “totalmente alejados de la Iglesia” que buscan la verdad, tema central y primordial para conseguir lograr tanto el equilibrio como el destino de todo ser humano¹³¹.

De esta manera, si el mencionado saber teológico desea integrarse en la cultura del hombre –para así poder alcanzar su meta– entonces no tendrá “más remedio” que apoyarse en la disciplina filosófica, pues como bien advierte Juan Pablo II:

*“La filosofía, además, es como el espejo en el que se refleja la cultura de los pueblos*¹³².

¹²⁸ Juan Pablo II. *Ibid.*, 76a.

¹²⁹ Juan Pablo II. *Ibid.*, 62a.

¹³⁰ Juan Pablo II. *Ibid.*, 61a.

¹³¹ Benedicto XVI. *Audiencia General*, 30 Enero de 2008.

¹³² Juan Pablo II. *Ibid.*, 103.

En definitiva, si la comprensión de la verdad por parte del hombre es el eje sobre el que va a girar toda la mencionada “nueva evangelización”, no habrá más camino que el filosófico, tal y como quedó reflejado en el mismo Concilio:

*“Además, el hombre cuando se entrega a las diferentes disciplinas de la filosofía..., puede contribuir muchísimo a que la familia humana se eleve a más altas concepciones de la verdad...”*¹³³

8. A MODO DE CONCLUSIÓN

A lo largo de este breve recorrido, se ha intentado mostrar la estrecha unión entre San Agustín de Hipona y el Papa santo Juan Pablo II

La recurrencia al Obispo de Hipona ha sido una constante en la vida de la Iglesia, constante que se ha puesto de manifiesto tanto en el magisterio de los Pontífices como en varios documentos eclesiales. De esta forma, el Santo Pontífice también desea sumarse a esa “espléndida herencia agustiniana” de sus predecesores. Así, *Encíclicas* o *Cartas Apostólicas* se han visto fuertemente influenciadas por el “heredero de Mónica”¹³⁴: unión fe-razón; Ciudad de Dios-Ciudad terrena; preocupación por el hombre como ser necesitado de Dios (indigente, mendigo), etc.

Por otro lado, algunas de las conocidas y populares frases o sentencias del Maestro hiponense son utilizadas para ilustrar (varias veces serán “copiadas” literalmente) muchos de estos documentos pontificios. Así, algunas serían: “*Nos hiciste para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti*” (conf. I, 1, 1)/ “*Crede ut intelligas et intellege ut credas*” (s. 43), etc.

Pero, será en la *Carta Apostólica Agustinum Hipponensem* donde Juan Pablo II va a plasmar todo esto de una forma “más fáctica y esplendorosa”, pues será aquí donde él demostrará un “radiante despliegue de manejo agustiniano”. Así, quizás nos atreveríamos a

¹³³ Concilio Vaticano II. *Gaudium et Spes*, 57.

¹³⁴ Francisco. *Homilía en la Santa Misa de apertura del capítulo general de la orden de San Agustín*, 28 Agosto 2013.

equipararla a una magna y docta catequesis con la que se ilustra a la Iglesia universal sobre la figura de “uno de los más grandes convertidos de la historia cristiana”¹³⁵.

Es, por tanto, este documento papal una novedosa aportación que –junto a las anteriores– viene a “ensalzar, difundir y propagar” la doctrina y el pensamiento de este Obispo del siglo IV. Tampoco hemos de olvidar mencionar las cinco catequesis magistrales que, a través de *Audiencias Generales*¹³⁶, el Papa emérito Benedicto XVI (gran conocedor y admirador de San Agustín) ofrece sobre este Padre de la Iglesia latina. Así mismo, cabe destacar la *Homilía* que –con motivo del capítulo general de la orden de San Agustín– el Papa Francisco pronunció ante aquellos que “*viven bajo su patrocinio o de cualquier modo siguen su regla y le llaman Padre*”¹³⁷.

Son todos estos documentos contemporáneos que vienen a demostrarnos –una vez más– la enorme huella e inagotable influencia que este “*gran enamorado de Dios*”¹³⁸ ha ejercido, ejerce y ejercerá en la Iglesia de todos los tiempos, tiempos en los que el hombre también debe descubrir “*que Dios le espera; más aún, que jamás ha dejado de buscarle Él primero*”. Por ello, “*¡No perdáis la esperanza en la gracia de Dios!*”¹³⁹

9. ORACIÓN A SAN AGUSTÍN COMPUESTA POR JUAN PABLO II¹⁴⁰

¡Oh gran Agustín, nuestro padre y maestro!, conocedor de los luminosos caminos de Dios, y también de las tortuosas sendas de los hombres, admiramos las maravillas que la gracia divina obró en ti, convirtiéndote en testigo apasionado de la verdad y del bien, al servicio de los hermanos.

¹³⁵ Benedicto XVI. *Audiencia General*, 27 Febrero de 2008.

¹³⁶ Benedicto XVI. *Audiencia General* 9, 16 y 30 Enero, 20 y 27 Febrero de 2008.

¹³⁷ Juan Pablo II. *Augustinum Hipponensem*, V.

¹³⁸ Benedicto XVI. *Audiencia General*, 27 Febrero de 2008.

¹³⁹ Francisco. *Homilía en la Santa Misa de apertura del capítulo general de la orden de San Agustín*, 28 Agosto de 2013.

¹⁴⁰ Elaborada con motivo del 1650 ° Aniversario del nacimiento de San Agustín.

Al inicio de un nuevo milenio, marcado por la cruz de Cristo, enséñanos a leer la historia a la luz de la Providencia divina, que guía los acontecimientos hacia el encuentro definitivo con el Padre.

Oriéntanos hacia metas de paz, alimentando en nuestro corazón tú mismo anhelo por aquellos valores sobre los que es posible construir, con la fuerza que viene de Dios, la “ciudad” a medida del hombre.

La profunda doctrina que con estudio amoroso y paciente sacaste de los manantiales siempre vivos de la Escritura ilumine a los que hoy sufren la tentación de espejismos alienantes.

Obtén para ellos la valentía de emprender el camino hacia el “hombre interior”, en el que los espera, el único que puede dar paz a nuestro corazón inquieto.

Muchos de nuestros contemporáneos parecen haber perdido la esperanza de poder encontrar, entre las numerosas ideologías opuestas, la verdad, de la que, a pesar de todo, sienten una profunda nostalgia en lo más íntimo de su ser.

Enséñales a no dejar nunca de buscarla con la certeza de que, al final, su esfuerzo obtendrá como premio el encuentro, que los saciará, con la Verdad suprema, fuente de toda verdad creada.

Por último, ¡Oh, San Agustín!, transmítenos también a nosotros una chispa de aquel ardiente amor a la Iglesia, la *Catholica* madre de los santos, que sostuvo y animó los trabajos de tu largo ministerio.

Haz que, caminando juntos bajo la guía de los pastores legítimos, lleguemos a la gloria de la patria celestial donde, con todos los bienaventurados, podremos unirnos al cántico nuevo del *aleluya* sin fin. Amén.